

El lugar de Brasil en América Latina: convergencias y tensiones internas/externas al final de la era Lula

Breno Bringel

Sobre el autor: investigador del Grupo de Estudios Contemporáneos de América Latina de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Politólogo, con especialidad y Máster en Estudios de América Latina por la UCM. Entre 2006 y 2008 ha sido investigador-visitante en la UNICAMP (São Paulo), donde ha realizado estudios de doctorado, y profesor-visitante en la Universidad Federal de Bahía. Es miembro de la Fundación CEPS, con quien ha sido observador electoral internacional en las elecciones generales brasileñas de Octubre de 2006, y co-editor (responsable de América Latina) de la Revista Internacional *New Cultural Frontiers*, nueva revista de la Asociación Internacional de Sociología. Acaba de co-organizar “Movimentos Sociais e Política” (Salvador/CRH, 2008). **E-mail:** brenobringel@hotmail.com

Resumen: Las relaciones entre Brasil y sus vecinos latinoamericanos han variado históricamente desde la distancia y el desinterés hasta una cierta rivalidad por disputas de la época colonial. No obstante, a partir del desarrollismo iniciado en la década de 1930 se produce un movimiento contradictorio, y de diferentes intensidades, de acercamiento y cooperación que convive, en varias ocasiones, con una pauta más conflictiva que tensiona con la anterior. Debido a los cambios recientes en las sociedades latinoamericanas y a un cierto re-posicionamiento de Brasil y de la región en el sistema-mundo, se produce un mayor acercamiento de Brasil hacia América Latina, aunque se trata de un movimiento complejo que varía constantemente entre el acercamiento y el alejamiento, la cooperación y el conflicto. En este ensayo se busca un doble objetivo: por un lado, subrayar algunos rasgos de esa complejidad de pensar Brasil en América Latina, rescatando algunas singularidades históricas y sociales; y, por otro lado, y de forma complementaria, apuntar a que estas proyecciones exteriores de Brasil en la región y en el sistema-mundo responden tanto a estímulos externos como a la pugna de fuerzas políticas y sociales existentes en el interior del país, por lo que se procederá a un análisis de las principales tensiones actuales y de las perspectivas futuras que emergen en el país en los últimos dos años de gobierno Lula.

0. INTRODUCCIÓN ¹

Las “fronteras” que han separado históricamente Brasil del resto de América Latina empiezan a borrarse. En las últimas décadas la tarea de pensar Brasil en América Latina viene siendo re-significada, desdibujándose muchos de los muros que lo han alejado históricamente de sus vecinos. El contexto político, social y económico ofrece, como veremos, pruebas de un mayor acercamiento de Brasil respecto a los vecinos de la región, marcada por procesos multidimensionales de cambio, que van desde la política a la economía, de lo social a lo cultural, de las identidades a su inserción global, de la reorganización del trabajo a las nuevas luchas de los movimientos sociales. Al mismo tiempo, aunque en el medio intelectual brasileño todavía se conozca mucho más a Bordieu o Giddens que a Gino Germani o René Zavaleta Mercado, hay un movimiento de aproximación de quienes pensaron/piensan Brasil con aquellos que pensaron/piensan Argentina, Bolivia o México, a partir de la generación de una mayor cantidad y calidad de estudios comparados. Muchos de los cursos de “Estudios Latinoamericanos” ya no dedican un “módulo a parte” para Brasil y si lo hacen se debe fundamentalmente a sus dimensiones continentales. No obstante, si ya hay dificultades para pensar Brasil como un todo², mayores son las dificultades para pensar América Latina en su conjunto: ¿Cómo pensar la unidad? ¿Es ésta real o simbólica? ¿Existe una identidad latinoamericana? ¿Cómo se ha construido? ¿A partir de las especificidades internas o como producto externo? ¿Cómo pensar el lugar de las culturas autóctonas fundadoras y el legado de la unificación de las colonias (lingüístico, religioso, pero sobre todo de una estructura social)? ¿Cómo se gestó la “idea” de América Latina? ¿Cómo estas cuestiones se han reflejado en la construcción del pensamiento social latinoamericano? ¿Qué repercusiones tiene eso en el porvenir del actual escenario político y social de la región?³

¹ Agradezco los comentarios de Carlos R. S. Milani a versiones previas y no publicadas de este escrito, correspondiente a los epígrafes 1.1. y 3.4. de este artículo.

² Dice Caetano Veloso, en una de sus famosas canciones, que “São Paulo é como o mundo todo”. Si ya São Paulo es como el mundo entero, ¿qué decir de Brasil? ¿Cómo pensar un país-continente como Brasil como unidad de análisis? ¿Cómo combinar esta marea de diversidad y sincretismo (cultural, racial, social) con la desigualdad (entre clases sociales y regiones, pero también micro-espacial y de género). Un debate fértil que contribuye a iluminar esta cuestión se dio en el XXV aniversario del Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC), São Paulo, publicado en el número 54 de la *Revista Lua Nova*, 2001.

³ Para profundizar en este debate en clave metodológica, pero también epistemológica, véase, entre otros, Mignolo (2007), Sierra (2008) y los interesantes artículos compilados por Novaes (2006), con los cuales dialogamos en muchas de las reflexiones del primer epígrafe.

Dentro de esta complejidad, *no* nos interesa en este ensayo contestar a todas estas preguntas, sino ofrecer algunas pistas para contestar a otras dos preguntas centrales: *¿cómo pensar Brasil en el escenario latinoamericano contemporáneo donde se visibilizan movimientos contradictorios de acercamiento y alejamiento? ¿En qué medida las dos legislaturas de Lula han contribuido a acercar Brasil a sus vecinos?* En esta historia de encuentros y desencuentros del país con la región parece existir una “triple frontera”, muy distinta de aquella donde confluyen los territorios brasileño, argentino y paraguayo. Se trata más bien de “fronteras” en un sentido figurado: una *frontera de la separación* (que ha alejado el país debido a la existencia de diferencias culturales, sociales, históricas y políticas y a la creación de una cierta alteridad hispánica); una *frontera de la cooperación* (que ha marcado movimientos intermitentes – y de diferentes intensidades – de acercamiento desde el desarrollismo en la década de 1930 hasta la actualidad); y una *frontera del conflicto* (que tensiona constantemente con las anteriores y se manifiesta recientemente, por ejemplo, en la ambigüedad de la política exterior brasileña o en algunos de los conflictos fronterizos o intervenciones brasileñas en la región).

No se trata de variables aisladas o de una periodización histórica completamente lineal sino que, debido al dinamismo de las sociedades latinoamericanas y la complejidad del escenario regional/internacional, vemos como, en muchos momentos, esta triple frontera converge de forma contradictoria. Además, no podemos obviar que esta proyección de Brasil hacia América Latina, y hacia el sistema-mundo de forma más general, responde no sólo a estímulos externos (sean éstos regionales o globales) como a la pugna de fuerzas políticas y sociales existente en el interior del país, retroalimentándose mutuamente. Se ha tornado habitual analizar la actual coyuntura brasileña y las relaciones entre el gigante latinoamericano con sus vecinos mirando hacia atrás, hacia sus “diferencias históricas”. Sin embargo, mirar hacia atrás no significa buscar algo ya dado o analizar un único vector histórico que guíe la explicación de un presente universal e inmutable, sino buscar elementos del pasado que permean el presente, poniendo en cuestión e intercruzándose con las interpretaciones de nuestra incierta actualidad. En el caso de los movimientos de acercamiento y alejamiento de Brasil con América Latina es posible observar que, lejos de una realidad estática, muchos elementos pasados aparecen en las lecturas del futuro actual, como algo similar a lo que Foucault (1991) denominó una “ontología del presente”,

relacionada no tanto a la unión del presente con el pasado sino con la diversidad del tiempo y el amplio abanico de posibilidades que de ello emerge. En este sentido, inspirados en una “historia del presente”, veremos en lo que sigue algunos elementos históricos y sociales que contribuyan a re-pensar la actualidad brasileña respecto de América Latina, así como el futuro de algunas de sus articulaciones.

Es precisamente este el doble objetivo que persigue este ensayo: por un lado, subrayar desde una perspectiva histórica, social, política e intelectual crítica, algunos de los movimientos contradictorios de acercamiento y alejamiento, cooperación y conflicto, de Brasil con Latinoamérica; y por otro lado, tomando lo anterior como espejo, apuntar algunas de las principales tensiones internas existentes en la “era Lula” entre las fuerzas políticas y sociales brasileñas que, de cierto modo, acaban retroalimentando las proyecciones exteriores del país en la región. Asimismo, no nos limitaremos a reproducir dichas tensiones, sino que trataremos de dibujar sus posibles implicaciones dentro de los diferentes escenarios posibles que emergen sobre todo después de las elecciones regionales de finales de octubre de 2008, correspondientes a los últimos años de gobierno Lula.

1. ELEMENTOS PARA UNA “ONTOLOGÍA CRÍTICA DEL PRESENTE” DEL LUGAR DE BRASIL EN AMÉRICA LATINA

1.1.) La *frontera* de la separación o la alteridad hispánica: breves claves históricas y sociales

Brasil, los brasileños y la producción académica brasileña parecen conocer mejor a Estados Unidos y Europa que a sus vecinos. Los movimientos de migración pueden incidir en ello, puesto que Brasil como país receptor de migrantes ha recibido a una cantidad pequeña de latinoamericanos (los mayores flujos de inmigrantes fueron de europeos, árabes y japoneses) y ha estado relativamente libre de xenofobias étnicas, religiosas o de clase, mientras como país de emigración reciente ha tenido como destino principal Estados Unidos y, posteriormente, Europa. Si a esto le sumamos que estamos ante el único país de habla portuguesa (aunque muchos de los vecinos latinoamericanos son multilingües, pluriétnicos y pluriculturales), con un desarrollo político post-independencia peculiar (el único a adoptar la forma monárquica) y a las demás singularidades histórico-coloniales, fruto de la especificidad de la herencia portuguesa, empezamos a recopilar elementos para interpretar su alejamiento (ver Oliveira, 2006).

También se podría hablar de cierta rivalidad histórica, principalmente respecto a los países fronterizos. Tras las guerras de independencia, emergen varios conflictos, presiones demográficas y guerras que transforman significativamente el “mapa” de la región en la segunda mitad del siglo XIX. Por ejemplo, es cuando Bolivia, tras la Guerra del Pacífico con Chile, pierde su costa y salida a este océano. Pero también es cuando sufre, tras conflictos en zonas de caucho, otra amputación territorial para Brasil (en lo que es hoy el estado de Acre). El ya gigante latinoamericano seguía así expandiendo su territorio, ocupando también, en este mismo periodo, territorios de Venezuela, Ecuador, Uruguay y Paraguay, país que, con la Guerra de la Triple Alianza, perdió no sólo el rico territorio entre los ríos Apa y Blanco para Brasil y la región de Misiones y parte del Chaco paraguayo para Argentina, sino parte de su futuro. Y aquí permítanme una breve digresión, ya que no deja de ser paradójico que casi 150 años después, y sobretodo tras la victoria electoral de Lugo, las complejas tensiones existentes entre latifundistas brasileños, los denominados “brasiguayos”⁴ y campesinos paraguayos deja claro que (así como también ocurrió en Bolivia hace poco con Bolivia respecto a Petrobrás) el gobierno brasileño sigue visualizando su “frontera” no en los límites territoriales, sino en donde están sus intereses económicos, en este caso particular a través del sector de la soja nacional.

Siguiendo nuestra tarea de recopilar rasgos distintivos, mientras buena parte de Latinoamérica rinde homenaje a Simón Bolívar y a los héroes de la independencia y se contagia de la “revolución bolivariana”, en Brasil el “héroe” de la independencia fue el propio heredero de la colonia portuguesa. Tupac Amaru no tiene equivalentes en Brasil. En otras palabras, no hay una referencia común de resistencia para rescatar las experiencias históricas interrumpidas y ensangrentadas por la colonización ibérica, en parte debido a la “regionalización” de las luchas sociales en la historia del país. Se puede señalar varios importantes hitos de resistencia, aunque casi todos ellos circunscriptos a determinados Estados (por ejemplo, la *Cabanada* está asociada a la Amazonia, la *Balaiada* a Maranhão y Piauí, la revuelta negra de los *Malés* a Bahía, etc.). Ello es significativo cuando, en buena parte de países latinoamericanos, sobre todo en la región andina, los indígenas emergen como nuevo sujeto político, impulsando luchas sociales enmarcadas en el discurso de los “pueblos originarios” y de “Abya

⁴ Un interesante, actual y bastante completo análisis de coyuntura sobre esta cuestión puede ser encontrado en Albuquerque (2009).

Yala". Como contraste, en el caso brasileño, es prácticamente impensable la generación de una demanda de “refundación nacional” y en raras ocasiones se ha recuperado, en la actualidad, la marginación histórica de los pueblos fruto de la expansión colonial portuguesa, quizás por la propia visión del pueblo brasileño como un “pueblo nuevo”, fruto de una construcción no menos sangrienta.

En el “aniversario” de los 500 años de la llegada de los portugueses a Brasil sí hubo reivindicaciones, sobre todo del movimiento indígena, que cuestionaron los orígenes de la composición uniforme del país, aunque de manera mucho más débil que en el resto de América Latina. En el clásico trabajo de Darcy Ribeiro, *O povo brasileiro*, se propone la gestación de Brasil y del brasileño a partir de la confluencia y del choque entre el invasor portugués con indios de la selva y negros africanos. Según Ribeiro, en esta confluencia, que se da bajo la regencia de los portugueses, se enfrentan y se funden matrices raciales dispares, tradiciones culturales distintas y formas sociales desfasadas, dando lugar a un *pueblo nuevo*, a un nuevo modelo de estructuración societaria (1995: 19). Lo peculiar del caso brasileño es que a pesar de las señales de múltiple ancestralidad, los brasileños se integran en un Estado uni-étnico, pero ello, como reconoce el propio Ribeiro, “no nos debe impedir de ver las disparidades, contradicciones y antagonismos que subsisten por debajo de la uniformidad cultural y unidad nacional, como factores dinámicos de la mayor importancia. Por detrás de la uniformidad cultural se esconde una profunda distancia social, generada por el tipo de estratificación producido por el propio proceso de formación nacional” (1995:22-23).

Brasil tampoco comparte culturas autóctonas fundadoras del porte de los imperios inca, azteca o de la civilización maya, lo que priva el país de un lazo identitario común que no es irrelevante a la hora de barajar las posibilidades de conexiones supranacionales frente a los procesos de integración regional más recientes. También podemos añadir a nuestra ya extensa lista otras dos importantes barreras que contribuyen a perfilar no sólo los desencuentros como también los encuentros de diferentes matices del país en la región: por un lado, sus dimensiones continentales y, por otro lado, las proyecciones exteriores históricas del país en América Latina, que en sendas ocasiones, y como veremos en el apartado siguiente, ha sido acusado de asumir una postura de *sub-imperialismo* en la región.

Asimismo, en coordenadas culturales más cercanas, del *Ariel* de Rodó al *Calibán* de Retamar, parece haber históricamente un notorio alejamiento brasileño, aunque ello esté sometido a una reconstrucción permanente. Como recuerda Rojo (2000: 96-97), “la *música ‘latinoamericana’* en Brasil ha sido siempre la música de los hispano-americanos (preferentemente con resonancias andinas), pero nunca las propias (...) en las antologías de *escritores latinoamericanos* editadas en Brasil nunca encontramos un brasileño, hechos, como muchos otros, que nos ejemplifican la tradicional dificultad de Brasil en insertarse en un grupo regional, así como en sentirse parte de una cultura y de una historia compartidas”.

1.2.) Las fronteras de la cooperación y el conflicto: principales convergencias y algunas tensiones⁵

Más allá de las especificidades de formación histórica, de algunos de los elementos presentados anteriormente y de otros factores cruciales que podrían apuntar a un cierto aislamiento, existe, sin embargo, cierto “destino común” que acabaría persiguiendo a los países latinoamericanos desde los años 1930 con la crisis capitalista. A partir de ese momento, una vez configurados los espacios nacionales, los gobiernos de la región orientarían su acción interna y externa hacia el desarrollo. El paradigma desarrollista puede ser considerado así un punto de inflexión central en el impulso de un latinoamericanismo que deja para tras un paradigma liberal-conservador de las relaciones internacionales de los países de la región cuyos orígenes se remontaban al periodo de las independencias a principios del siglo XIX (Cervo, 2007). Asimismo, la década de 1930 está marcada por importantes acontecimientos y convulsiones políticas y sociales que han acabado incidiendo en la delimitación de los principales objetos de análisis de unas Ciencias Sociales latinoamericanas (con sus bases centrales ubicadas en Argentina, Brasil y México) en estado incipiente de institucionalización y profesionalización (Sierra, Garretón, Murmis y Trindade, 2006). Se podría decir que desde entonces, las palabras-claves para un ejercicio comparado entre los países latinoamericanos han sido, por citar algunas de las principales, el desarrollo, la dependencia, el imperialismo, la revolución y la democracia. En lo que sigue analizaremos brevemente, sin ninguna pretensión exhaustiva, algunos aspectos de cada

⁵ Algunos pasajes de este epígrafe han sido publicados en Bringel (2008), en capítulo de libro editado por la Fundación CEPS.

una de esas “palabras-claves”, con el objetivo de pensar el lugar de Brasil dentro de una dimensión latinoamericana.

La crisis de 1929 y la depresión capitalista de los años subsiguientes llevaron a que nuevos segmentos sociales, como una incipiente burguesía industrial, pasaran a cuestionar el modelo primario-exportador previo y las estructuras hegemónicas de dominación. Emergen varios movimientos políticos, con un tinte marcado por la transformación social, frente a una compleja coyuntura post-crisis – que marcaba una pauta basada en el proteccionismo de los mercados – y de guerra mundial, así como una “nueva diplomacia en la región”, de carácter más funcional, que buscaba obtener insumos de desarrollo mediante la acción externa. De forma muy resumida, se trataba de promover el **desarrollo** en América Latina a través de la industria, siendo la sustitución de importaciones una variable dependiente de dicho proceso (Cervo, 2007: 8-65). El paradigma desarrollista iniciado en 1930 llevaría a una fase de modernización de la región y a profundos avances económicos hasta la década de 1970, algo que incidió enormemente en la realidad brasileña, con un acelerado proceso de urbanización e industrialización. Es durante este periodo cuando el Brasil rural se torna urbano⁶, cuando se construye Brasilia, se dispara la población de São Paulo y se difunde, con el gobierno Kubitschek, el lema símbolo del desarrollismo en Brasil: la promesa de que Brasil crecería “50 años en 5”.

Ello lleva a que se proliferen en la región el discurso de la modernización, que sería objeto de varios matices por parte de los “cepalinos”. No obstante, tanto los “teóricos de la modernización” como estos últimos percibían el subdesarrollo bajo la óptica del nacionalismo metodológico, donde la economía mundial era vista como un agregado de economías independientes que se relacionaban entre sí, fundamentalmente a través del comercio (véase Martins, 2006). Es aquí cuando el pensamiento social latinoamericano crítico se hizo eco de esta cuestión, fundamentalmente a través de las teorías de la **dependencia**, que supusieron un avance en la comprensión de la posición de América Latina en el mundo. En 1970, Cardoso y Faletto, en constante interacción con la prolija escuela de sociólogos de la Universidad de São Paulo (USP) de la época, llaman la atención para ubicar la condición de subdesarrollo de América Latina dentro

⁶ Según datos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), en 1940 la población urbana de Brasil era de un 31,3%, mientras en 1980 ascendía a casi 75%. Ver: www.ibge.gov.br

de una lógica de “dependencia” de la economía global. Otra interpretación original viene dada por el también brasileño Ruy Mauro Marini que, con una influencia más marxista que weberiana, como era el caso de los anteriores, acuñó el término “sub-imperialismo” (utilizado posteriormente por Andre Gunder Frank, Samir Amin y otros) para dar cuenta de la situación brasileña a partir de la reestructuración del sistema capitalista mundial que se deriva de la nueva división internacional del trabajo y las leyes propias de la economía dependiente (superexplotación del trabajo, integración del capital nacional al capital extranjero, etc.). En este sentido, Marini (1969) planteaba una situación en la que el sub-imperialismo brasileño no se daba de forma autónoma, sino articulada con la del imperialismo estadounidense, aunque mantuviese cierto grado de iniciativa respecto de este país. Su concepto pensado ya en tiempos de dictaduras militares, emergidas para frenar el amplio abanico de luchas sociales y políticas en la región, hacía clara alusión no sólo al aspecto económico de la injerencia brasileña en otros países, sino también a un proyecto político contrarrevolucionario que, enmarcado en la “doctrina de seguridad nacional”, también se trataba de un proyecto anti-integrador, que buscaba frenar la expansión de la organización de los pueblos y la lucha de masas en América Latina a través de un *sub-imperialismo reaccionario*, como por ejemplo, en el Chile de 1973.

En este sentido, el **imperialismo** también se trató de una palabra-clave que conectaba las realidades latinoamericanas al tratar de explicar la injerencia de los actores externos, sobre todo el de Estados Unidos. Y aunque en este contexto de dictaduras militares fue una recurrencia constante, se trataba en realidad de una especie de “reedición” del concepto, ya que el término ya había aparecido, y con importantes repercusiones para la región, desde el último cuarto del siglo XIX, entendido tanto como una política expansionista como por una nueva fase del capitalismo, enmarcada en los cambios estructurales de la economía global durante este periodo. Lo que sí dotaba a este imperialismo aplicado a América Latina de un carácter novedoso, durante este periodo, era la complejidad de los intereses estadounidenses en la región, muy bien señalados y explicados por Ayerbe (2002), más allá de las habituales miradas reduccionistas que asocian las intervenciones de EEUU a la simple defensa de intereses económicos estatales o privados. Para el autor, hay que analizar tres dimensiones interrelacionadas: las relaciones económicas (destacando la expansión del capitalismo estadounidense en América Latina), la articulación entre intereses privados (mercado) e

intereses nacionales (Estado) en la formulación de la agenda de seguridad y de la política exterior de Estados Unidos para el hemisferio y, finalmente, la interacción entre los grupos dominantes de los Estados Unidos y las élites de América Latina.

Es también en el periodo de Guerra Fría cuando emergen varias luchas sociales y políticas que con la bandera de la **revolución** como telón de fondo, sufrieron una represión abierta y sistemática, bajo el pretexto de filiación al comunismo internacional. Este fue un periodo histórico rico en experiencias políticas centradas en el cuestionamiento de la dependencia externa, el subdesarrollo y la distribución desigual de la riqueza (por ejemplo, los proyectos de inspiración nacionalista y socialista, como el socialismo por la vía insurreccional en Cuba, el nacionalismo revolucionario boliviano en 1952 y peruano en 1968 o el proyecto sandinista en Nicaragua). Sin embargo, el análisis de las demandas que originaban las acciones colectivas en América Latina se diluyen en las “urgencias” del conflicto Este-Oeste (Ayerbe, 2002: 11). En un mundo regido por la Guerra Fría, los proyectos contra-hegemónicos gestados en América Latina eran blanco inmediato de reacciones e intervenciones de Estados Unidos, basados en una política unilateral de “seguridad hemisférica” que no admitía cuestionamientos.

A pesar de todo ese fervor revolucionario en América Latina, las luchas sociales brasileñas no lograron, en este contexto, sacar adelante un proyecto radical de cambio. La temprana intervención militar (1964), que siguió llevando a cabo el proyecto de un “desarrollismo conservador”, imposibilitó que el efecto revolucionario se irradiara en Brasil, manteniendo así una constante dentro de la historia de los cambios políticos en el país, que siempre han respondido a una respuesta orientada de arriba hacia abajo. Desde la creación de un Imperio “independiente” a principios de la década de 1820 hasta el establecimiento de la moderna democracia representativa a principios de 1990, todos los cambios de régimen político en Brasil estuvieron marcados por la *ausencia de un histórico revolucionario*: la transición de Colonia a Imperio estuvo marcada por el continuismo político, económico y social, así como el paso de Imperio a República fue arquitectado por una conspiración de las élites, y los procesos de democratización – tanto el iniciado en la década de 1940, como el periodo de transición de las décadas 1970 y 1980 – también han sido controlados desde arriba (ver Bethell, 2002).

La (re)aparición de **la democracia** en Brasil está atravesada por esos factores, que repercuten, por ejemplo, en una transición de carácter elitista, guiada por los

militares y las élites conservadoras. Es éste – las transiciones políticas a la democracia – un último punto central, y no menos contradictorio, de conexión entre la realidad brasileña y los demás países latinoamericanos. A pesar de sus especificidades, la cercanía histórica, social y política de algunos procesos de transición, acabó generando la mayor cantidad de trabajos comparados sobre América Latina en las últimas décadas, entre los que se destacan la clásica trilogía compilada por O’Donnell, Schmitter y Whitehead (1986) y el trabajo comparado de Linz y Stepan (1999) sobre la “transición” y la “consolidación” de la democracia en algunos países de Sudamérica (Brasil, Uruguay, Argentina y Chile) y del Sur de Europa (Portugal, España y Grecia). Entre los hallazgos de estos últimos, encontramos que, de todos los países analizados, Brasil fue el que tuvo más dificultades para “consolidar la democracia”. Así como los demás países estudiados, Brasil compartía el mismo tipo de régimen anterior (autoritario), enfrentándose también, al igual que sus vecinos sudamericanos, a las nefastas consecuencias de la crisis internacional de la deuda. La transición del gigante sudamericano tuvo sus orígenes en un régimen militar organizado de forma jerárquica, lo que dificultó el proceso de “redemocratización”, aunque el país no llegó a ser tan cercenado por los militares como en el caso chileno. La variable que sí supuso una traba específica a la “consolidación democrática” en Brasil ha sido lo que Linz y Stepan denominaron la *economía política de la legitimidad*; en otras palabras, las barreras encontradas por tener la distribución de renta más desigual de todos ellos, los peores niveles educativos y de bienestar social, además de tener históricamente el sistema de partidos políticos menos estructurado.

De hecho, la creciente desigualdad en la retomada de las democracias, tanto en Brasil como en otros países latinoamericanos, ha llevado a muchos autores a centrarse en profundizar las relaciones entre democracia y desigualdad. Pero sobretodo, ha echado abajo una de las hipótesis sostenidas por algunos teóricos de la transición: la de que la democratización de los regímenes políticos conduciría a la prosperidad económica, lo cual a su vez contribuiría a consolidar las instituciones democráticas. Además, también contrariando a los teóricos de la transición, las dinámicas vividas tras el dominio de los militares en el gobierno, confirman que la celebración de elecciones libres y periódicas y la existencia de una estructura institucional no conducen en forma lineal a la democratización política.

No obstante, los límites de pensar la democracia y la participación política vinculada al ámbito de lo instituido son notorios en la actualidad en toda América

Latina desde una doble perspectiva: por un lado, a partir de experiencias de democracia radical, como la de empresas recuperadas en Argentina o campamentos del MST de Brasil, que por efímeras que sean, desafían el poder instituido planteando nuevas narrativas democráticas; por otro lado, a partir de experiencia donde la izquierda política, con diferentes grados de coordinación con los movimientos sociales, y con distintos grados de radicalidad, rompen, en algunos casos como los de Venezuela o Bolivia, con la “uniformidad democrática” heredada de las transiciones políticas. Brasil está muy lejos de ello, pero aunque la ruptura de Lula haya sido, como veremos, fundamentalmente simbólica es significativo el ensanchamiento del campo participativo, así como una nueva correlación de fuerzas de diferentes sensibilidades de izquierda que adquieren un alto grado de protagonismo en la vida política de la región a la entrada del siglo XXI.

2. El re-posicionamiento de Brasil (y de América Latina) en el sistema-mundo

2.1.) Más allá de las palabras-clave habituales: nuevos tiempos y otras geografías

Tras la articulación en torno a los ejes latinoamericanistas “clásicos” anteriormente señalados, llegaríamos ahora a un momento en el que la globalización y las reformas neoliberales han constituido lo que muchos consideran una vuelta atrás en lo que se refiere a la definición de una problemática latinoamericana. Sin embargo, tras casi una década de siglo XXI, que pasa página a la llamada “década neoliberal”, y visto los sucesivos intentos globales de canalizar la crisis sistémica hacia una refundación del capitalismo, se podría decir que precisamente ambas cuestiones han funcionado como catalizadores de una resistencia regional que parece rescatar, de forma renovada, un latinoamericanismo donde confluyen múltiples articulaciones supranacionales y proyectos de integración regional.

En este sentido, el paso al siglo XXI marca en América Latina una crisis del consenso neoliberal, a partir de la cual emergen varios discursos anti-neoliberales y prácticas contestatarias que, no obstante, se enfrentan a una preocupante emergencia de nuevas inflexiones que anuncian la profundización del paradigma neoliberal. Como señala muy acertadamente Svampa (2008: 75-92), en el primer caso, las nuevas prácticas contestatarias y discursividades están asociadas tanto a las luchas emergentes

de los movimientos sociales como a la aparición de gobiernos de izquierda y centro-izquierda en la región; en el segundo caso, la resistencia conservadora se viene visibilizando sobre todo en la generalización de un modelo extractivo-exportador, la alta criminalización de la protesta social, la tendencia al cierre de espacios públicos en nombre de la seguridad ciudadana, la militarización de los territorios o la firma de tratados de libre comercio. La pugna entre ambas dimensiones es constante y una de las advertencias fundamentales de este proceso que merece ser destacada, también es señalada por Svampa (2008: 81): “homogeneizar las diferentes experiencias nacionales implicaría caer en un fuerte reduccionismo, pues no son fácilmente homologables; antes bien, la relación entre liderazgos políticos, sistema político-partidario y formas de autoorganización social presentan, para cada caso, rasgos de continuidad y de ruptura respecto de los moldes de dominación de la década anterior”.

En algunos países latinoamericanos, como Bolivia, Ecuador o Venezuela, donde las sinergias entre la izquierda política y los movimientos sociales vienen siendo más acentuadas, estas rupturas son más destacadas. Por lo contrario, en el caso brasileño aunque haya una fuerte presencia de movimientos sociales contestatarios⁷, el gobierno Lula se ha declinado más por la profundización del paradigma neoliberal, con destellos puntuales de inclinación social. En el siguiente epígrafe, analizaremos de forma más detallada esas tendencias y contradicciones propias de Brasil, pero lo que sí nos interesa destacar ahora es que en el siglo XXI, la re-configuración del escenario internacional y las disputas por la hegemonía parecen apuntar a que el hilo común con mayor potencialidad para seguir derrumbando las fronteras entre los países latinoamericanos es su propia unidad y su reposicionamiento en el sistema-mundo, a partir de un mapa relativamente más autónomo. Y como recuerda Wallerstein (2003), en breve análisis sobre el rol brasileño en el sistema-mundo a principios de la primera gestión Lula, Brasil juega un papel central en este proceso, en cuanto Estado semi-periférico con carácter de liderazgo en América Latina, dado que todo lo que ocurre en Brasil tiene grandes consecuencias en el ámbito geopolítico y en la estructura de la economía-mundo.

⁷ Aunque el MST es el ejemplo más paradigmático, hay muchísimos otros movimientos sociales que vienen actuando con fuerza pujante en la realidad brasileña contemporánea. Para una brevísima cartografía de éstos, véase: BRINGEL, Breno. “Hay vida en Brasil más allá de los sin tierra”. *Diagonal Periódico*, número 68, 26 diciembre – 9 de enero, 2007.

El dossier *América Latina no século XXI*, coordinado por Heriberto Cairo, es un excelente ejercicio de reflexión para pensar América Latina como región en la actual etapa del sistema-mundo. En este número especial de la revista brasileña *Caderno CRH*⁸, el propio Cairo (2008) ilustra, desde una perspectiva de la geopolítica del conocimiento, la inserción de América Latina en diferentes eras geopolíticas. En su análisis es posible observar cómo los autores que dibujaron la representación del espacio mundial durante el siglo XX pensaron América Latina como una región marginal en el mundo, siempre alejada del escenario central de conflicto. Dibujo éste aceptado por buena parte de la *intelligentsia* latinoamericana. Sin embargo, como apunta Cairo (2008: 234-236), “en las últimas dos décadas, América Latina aparece como una región más autónoma, debido a la emergencia de una serie de proyectos políticos y epistémicos”, como el que desarrolla Walter Mignolo en su ensayo de este mismo dossier. A su vez, Preciado (2008) ilustra, desde otra perspectiva, las diferentes estrategias implementadas en la región que influyen en la nueva configuración del sistema-mundo. Partiendo del diagnóstico de que la matriz económica y política latinoamericana está dividida internamente debido a la emergencia de bloques supranacionales que cobran nueva proyección geopolítica, el autor analiza los Estados-nación con capacidad de proyectarse como una semi-periferia. En este marco, además de identificar el papel de México como “semi-periferia subordinada” y el de Venezuela como “semi-periferia emergente”, el autor dedica especial interés al rol de Brasil como “semi-periferia activa”, apuntándolo como uno de los principales interlocutores de los países centrales en términos de seguridad política y económica. Queda patente el papel de *catch all* de Brasil que a la vez que trata de acercarse a un “proyecto latinoamericano” (principalmente a través de la Unión de Naciones Sudamericanas - UNASUR-, la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana -IIRSA-, y de un proyecto renovado para el Mercado Común del Sur - MERCOSUR-), se inserta cada vez más en los proyectos globales de revitalización neoliberal.

Brasil juega así un papel que podría ser considerado contradictorio (e incluso opuesto) respecto a las fuerzas contra-hegemónicas – tanto Estados como Venezuela o

⁸ Se trata del número 53, vol. 21, de dicha revista, publicado en 2008. Los artículos de John Agnew, Heriberto Cairo, Walter Mignolo, Jaime Preciado, Breno Bringel y Alfredo Falero y Carlos Milani pueden ser descargados en: www.cadernocrh.ufba.br. Las referencias específicas a cada uno de los artículos utilizados se puede encontrar en la bibliografía citada al final del texto.

Bolivia como otras fuerzas políticas y sociales supra/transnacionales – de la región. Por un lado, se proyecta con mayor peso como potencia latinoamericana y con mayor incidencia en los espacios multilaterales de la arena global, contribuyendo para una mayor visibilidad de América Latina y defendiendo algunos “intereses regionales”, mientras, por otro lado, no se alinea – o lo hace de forma débil y confusa – a los proyectos contra-hegemónicos, más rupturistas que buscan ressignificar de forma más radical la unidad latinoamericana.

2.2.) De movimientos sociales en América Latina a movimientos sociales latinoamericanos

Es crucial considerar aquí el papel de las redes transnacionales de movimientos sociales en la región, algo a lo que apunta Preciado en su artículo ya señalado, pero que es desarrollado, con mayor profundidad, en mi artículo con Alfredo Falero (Bringel y Falero, 2008). Lo que se propone como idea central es que a partir de mediados de la década de 1990, y con gran fuerza desde principios del siglo XXI, ha habido un cambio sustancial en los movimientos sociales en América Latina. Uno de los principales cambios es que ya no hablamos solamente de movimientos sociales *en América Latina*, sino también de movimientos sociales *latinoamericanos*. Lo que puede parecer únicamente un trocadillo de palabras supone, en realidad, una ruptura importante, ya que analizamos ahora no sólo a los movimientos sociales existentes/ubicados dentro de la zona geográfica que conforma esta región, sino que muchos movimientos pasan a moldear unos rasgos identitarios propios y a conformar acciones colectivas y demandas comunes/convergentes, que van más allá del Estado-nación, y que les dotan de un carácter propiamente regional (latinoamericano).

Dicho eso, es necesaria una importante aclaración conceptual, ya que nos podríamos encontrar con la pregunta de si lo que emerge son movimientos sociales *in strictu sensu*, o simplemente se tratan de redes transnacionales de movimientos sociales. Aunque nos inclinamos por la segunda respuesta, este no es el espacio más adecuado para profundizar en esta interesante discusión teórica, ya que lo que realmente nos parece relevante destacar es que debemos mirar a estos movimientos sociales (o más bien redes transnacionales de movimientos), propiamente latinoamericanos, como impulsores de una reestructuración espacial de América Latina como región, como un

referente de resistencia espacial supranacional, en un contexto donde se barajan proyectos de integración regional "desde abajo", o desde/para los pueblos.

Si en los años 1970 y 1980 los movimientos sociales de la región actuaban fundamentalmente en el interior de sus respectivas fronteras nacionales, implicados en la lucha por la redemocratización y los derechos básicos en un contexto *cuasi* generalizado de transiciones desde gobiernos autoritarios (construcción y expansión de derechos, por los cuales los movimientos sociales siguen luchando desde una perspectiva emancipatoria) en los años 1990 la perspectiva se amplía, los ejes de lucha se renuevan y se abren nuevas fronteras de alianzas y horizontes que acabarían por establecer entre los movimientos sociales varias coaliciones y/o redes de movimientos sociales que no se pueden obviar en el estudio del reciente flujo de los movimientos sociales latinoamericanos. Una de las principales luchas que contribuyeron a dotar a los movimientos de este carácter regional ha sido la que gestó contra el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y otros tratados de libre comercio. En ella confluyeron varias redes que tienen, en la actualidad, un peso creciente en la contestación política y social transnacional en la región, como la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones Campesinas (CLOC) y la Vía Campesina, la Marcha Mundial de las Mujeres (MMM) la Alianza Social Continental (ASC), entre muchas otras.

2.3.) De la transición democrática a la democracia en transición

Finalmente, si decíamos que las transiciones políticas a la democracia había sido un importante elemento de convergencia entre los países latinoamericanos, se puede decir que, en buena medida, la lucha por la democracia lo sigue siendo, aunque ahora emerge con carácter resignificado. Desde el estallido argentino del 2001, bajo el simbólico cántico de *Que se Vayan Todos*, a las demandas de reinención democrática y estatal actuales en los países andinos, pasando por el presupuesto participativo de Porto Alegre y otras regiones de Brasil, la lucha por otra democracia viene siendo otro elemento de contacto entre los países latinoamericanos, donde Brasil también tiene cierto peso y peculiaridad.

Algunos movimientos sociales y Estados latinoamericanos desafían en la actualidad, con diferentes matices y repertorios, el modelo democrático-liberal

hegemónico. Es interesante observar que ha habido, también a partir de los años 1990, un ensanchamiento del campo democrático en América Latina debido a un considerable pluralismo en el diseño de las políticas públicas. Pero si entendemos la participación política en un sentido amplio, como participación de actores socio-políticos en la esfera pública para canalizar determinadas demandas y objetivos, tenemos que la relación entre participación ciudadana y políticas públicas no se ciñe únicamente al proceso de formulación, decisión e implementación de las políticas públicas, incluyendo las nuevas formas de participación promovidas institucionalmente (mecanismos de democracia participativa y directa), sino que abarca también el campo político de organizaciones y acciones colectivas (a través de la realización de protestas por ejemplo) e incluso las iniciativas individuales (como un patrón de consumo o la utilización con determinado fin de nuevas tecnologías).

En el caso de Brasil, la emergencia de nuevas pautas político-participativas ha estado ligada fundamentalmente a la ampliación de la participación ciudadana fomentada "desde arriba", pero no se puede obviar dos elementos: *primero*, que ello es parte (resultado) de un proceso más amplio de reivindicaciones y luchas sociales por la democratización política en el país; y *segundo*, que hay un importante marco de participación en el “juego político-democrático”, que emerge al margen de las institucionalidades y de los mecanismos participativos previstos legalmente. Esto requiere que atendamos el tema de la participación política dentro de su complejidad, transgrediendo las interpretaciones deterministas sobre los beneficios de la participación, para ubicar críticamente las diferentes potencialidades participativas de acuerdo con el contexto social, cultural, económico y político micro y su relación con el entorno más macro.

En el país, el fomento a la participación desde múltiples iniciativas y gobiernos locales trató de superar los supuestos restrictivos sobre los que ha descansado la concepción ortodoxa de la democracia liberal, desde Schumpeter en adelante. Sin embargo, la defensa a ultranza de las “prácticas participativas” acabó llevando a cierto descuido (tanto desde las instituciones como desde la academia) sobre el tema, que aunque empiece a ser reparado, contribuyó a desconsiderar los espacios y políticas participativas que no se encuadraban dentro de estas prácticas, vinculadas a la “gestión” de lo social. El mapa de la ampliación participativa y democrática tanto en Brasil, como

en Latinoamérica, es mucho más amplio y, a pesar de las limitaciones metodológicas, se podría decir que responde a la ampliación de las fronteras democráticas en una triple dirección, complementaria, diversa y, en algunos casos, antagónica⁹:

- *Desde arriba*: se trata de una participación institucionalizada de diversos individuos y actores colectivos, a partir de una serie de mecanismos proporcionados por las institucionalidades para ampliar la participación ciudadana. El “presupuesto participativo” de Porto Alegre se convirtió en el ejemplo más paradigmático, siendo experimentado – y reinventado – en diferentes administraciones locales de Brasil y del mundo. En un contexto donde ciertas posturas han diagnosticado una “sobrecarga sistémica”, el fomento a la participación ciudadana en la formulación de políticas públicas emerge como una posible herramienta para suplir el déficit democrático-participativo, reduciendo supuestamente la distancia entre gobernantes y gobernados a través de la co-responsabilidad o co-gestión en algunos temas de decisión política entre las instituciones y los actores de la sociedad civil. Son varios los actores que pueden participar de estas prácticas, estando abiertas tanto a individualidades como actores colectivos. Se trata de una participación “por invitación”.

- *Desde abajo*: formas de “participación por irrupción” que exceden los formatos institucionales, aunque pueden ser combinadas, de forma complementaria y no excluyente, con la “participación por invitación”. Aquí los actores sociales irrumpen en la escena a través de un variado repertorio de acción colectiva. También se busca una “democracia participativa”, pero con un carácter más radical que en el supuesto anterior. Prima el conflicto sobre la cooperación. En los casos de mayor permanencia en el tiempo, como el MST, también se busca la institución de nuevos sentidos democráticos a partir de la conformación de prácticas espaciales contestatarias, cuando los movimientos sociales que abogan por (y practican la) igualdad y justicia social irradian estos elementos en sus prácticas espaciales, en sus localidades, desafiando todo aquello que define “desde arriba” el espacio. Los principales actores que encajan dentro de esta categoría son los movimientos sociales, en particular aquellos que luchan por dimensiones, recursos y estructuras del espacio geográfico.

⁹ Propuesta construida a partir de las aportaciones de Bringel, Echart y López (2008), Echart (2008), Ibarra, Martí y Gomà (2002).

- *Desde fuera*: fenómeno relativamente más novedoso. Se trata de la emergencia, en la escena pública internacional, de nuevos actores sociales y redes transnacionales. Combinan una participación por invitación (por ejemplo, las ONG internacionales en ciertos espacios deliberativos de la escena internacional) con la participación por irrupción (por ejemplo, a través de acciones colectivas del movimiento antiglobalización). El Foro Social Mundial (FSM), a su vez, conforma uno de los espacios más visibles tanto para la protesta como para la propuesta. Esta perspectiva reivindica una democratización de las relaciones internacionales y cuestionan los límites de pensar la democracia territorial en el marco del Estado-nación en un mundo de creciente imbricación de escalas geográficas, fruto de los procesos de globalización.

No es posible observar una división rígida entre estas dimensiones, sino que se encuentran intensamente imbricadas. Tampoco es posible advertir que esta diseminación de espacios de intervención política mine la hegemonía liberal o oculte el peso que sigue teniendo la "política tradicional", pero se trata, precisamente, de apuntar hacia el movimiento de apertura de la política que traspasa los formatos institucionales, la dimensión electoral y la territorialidad del Estado-nación para delimitar nuevos espacios de enunciación, que tensionan con la rigidez democrático-liberal y también contribuyen para una visibilidad renovada de América Latina como región.

3. Las tensiones internas en la “era Lula” y sus proyecciones exteriores

3.1.) La esperanza perdida (2002-2006)

Dentro de la oleada de triunfos electorales de plataformas y partidos de izquierda y centro-izquierda en América Latina en los últimos años la de Lula en 2002 fue especialmente significativa, ya que se trató de la primera victoria de la izquierda política en la región en el siglo XXI¹⁰, así como la primera victoria electoral de la izquierda política en Brasil. Recordemos que en aquellos momentos cuando se pensaba en la victoria de Lula se le asociaba al movimiento sindical y metalúrgico, a la creación del Partido de los Trabajadores (PT) y a las gestiones del partido a nivel local como en Porto Alegre – donde el presupuesto participativo se tornaba referencia de “buenas

¹⁰ Del actual escenario gubernamental de izquierdas o “centro-izquierda” sólo le precedió Hugo Chávez Frías, elegido en diciembre de 1998.

prácticas para gobiernos locales” en varias parte del mundo –, a la lucha de los sin tierra y a muchas otras luchas sociales y experiencias acumuladas por la izquierda brasileña desde el enfrentamiento a la dictadura militar. Pero rápido se vio que la esperanza del cambio no se podía depositar en Lula. Dada la rigidez de las instituciones estatales, el cambio sólo puede ser impulsado en Brasil desde gobiernos locales y desde las fuerzas sociales, las mismas que ayudaron a construir la figura del “sindicalista Lula da Silva”, que a la medida en que pasaba su mandato parecía olvidar su pasado, hasta el punto de que afirmara al final de su primera gestión, en una entrevista de aniversario de 30 años de la revista brasileña *Isto É*, que:

Se você conhece uma pessoa muito idosa que seja de esquerda é porque ela está com problemas. E se você conhece uma pessoa muito nova que é de direita, ela também está com problemas (...) Quando a gente tem 60 anos, é a idade do ponto de equilíbrio, porque a gente não é nenhum nem outro¹¹.

Pero no hubo que esperar a estas declaraciones de Lula para darse cuenta que en la presidencia Lula no había una referencia para la izquierda. Ni siquiera hubo que esperar a su primer día en el Palacio del Planalto, ya que en la propia constitución de su gobierno la esperanza se transformaría en decepción. Lula asume el gobierno tras dos gestiones de Cardoso que, vendiendo “combate contra la inflación” y “búsqueda de la estabilidad económica”, instaura el *Plan Real*, extiende su agenda de privatizaciones y estrecha alianzas con los banqueros y el FMI, consolidando el modelo neoliberal impulsado por el gobierno anterior de Collor de Mello. Con este telón de fondo, Lula, muy presionado tanto por la burguesía nacional como por el capital extranjero, opta por el continuismo en la política económica y en las piezas centrales del engranaje neoliberal que, no obstante, empezaba a enfrentar algunas dificultades y cuestionamientos globales. Los rasgos distintivos de su gobierno se encontrarían desde el primer momento en la política cultural, educativa y en la política exterior, que desarrollaremos con más detalles abajo, al ser uno de los pilares centrales de la contradictoria proyección del país hacia América Latina.

Hay que enmarcar el inicio de la primera gestión de Lula en un complejo movimiento del PT para captar apoyos en el Congreso, ya que no contaba con mayoría absoluta, lo que hizo que se aliara con sectores conservadores. Puestos centrales como

¹¹ No era la primera vez que un presidente brasileño trataba de deconstruir su imagen como referente pasado. Al igual que Lula minimizaba su trayectoria en la izquierda, el Cardoso presidente declarara, cierta vez, que “olvidáramos todo aquello que el Cardoso sociólogo había escrito”.

el Banco Central y los ministerios de Hacienda, Agricultura y Desarrollo, Industria y Comercio fueron adjudicados a conservadores. Pero también hay que ubicar la cuestión dentro de un deficiente sistema de partidos, con un grado de cohesión prácticamente nulo y una volatilidad altísima, donde es práctica más que habitual el cambio de partidos políticos, tanto antes como después de las elecciones. Por ejemplo, en la formación del Congreso, en febrero de 2002, el PT contaba con 254 diputados. En octubre de 2003 contaba ya con 389 diputados.

Pero quizás uno de los principales adversarios de Lula en su primera gestión no haya sido tanto la oposición (muy cómoda en los puestos cedidos por el presidente), sino su propio partido. Los constantes escándalos de corrupción y las pugnas internas dentro de un Partido de los Trabajadores muy fragmentado hicieron mella, y aunque no afectaron directamente a Lula, sí pasaron factura a los principales hombres de confianza del presidente, como fue el caso de José Dirceu. Entre las varias corrientes de un PT dividido, la pugna ha sido constante, pero la tendencia que logra imponerse es la denominada “Articulación”, compuesta fundamentalmente por católicos, intelectuales y algunos (ex)activistas oriundos del movimiento sindical. Dicha corriente, formada por políticos moderados, está muy cercana a los ideales de la social-democracia, por lo que no sorprende la línea política llevada a cabo por el gobierno.

Frente a la crisis política enfrentada por el gobierno en el Ecuador de su primera gestión, el gobierno promovió una reforma ministerial que reforzó aún más la alianza con los sectores conservadores. Los movimientos sociales que habían apoyado a Lula en la contienda electoral se distanciaban de forma creciente de sus postulados¹², con rotundas críticas al modelo seguido y por no haber pensado en el pueblo al decidir cuestiones estratégicas como la deuda externa, las tasas de interés, los transgénicos, la regulación de los juegos de azar, la autonomía del Banco Central, la re-canalización del río San Francisco, la ley Kandir sobre previsión social, entre otras. Muchos de los más críticos a esta línea hegemónica, dentro del PT, también sufrieron serias represalias que llevaron incluso a la expulsión de algunos miembros, que dio lugar a la creación del PSOL (Partido Socialismo y Libertad), liderado por Heloísa Helena.

¹² Para un análisis detallado sobre las relaciones entre los movimientos sociales, en particular el MST, y el gobierno Lula, ver Bringel (2006).

3.2.) La segunda oportunidad (2006 - ...)

La victoria de Lula, en segunda vuelta, en octubre de 2006 no se debió tanto al respaldo a su anterior gestión, sino al temor a la vuelta de un gobierno declaradamente conservador.¹³ Además, se pudo observar una interesante distribución regional de los votos, según la cual Lula ganó con una abrumante mayoría en las regiones Nordeste (66,78% de los votos) y Norte (56,06%), mientras perdería, aunque con poca diferencia, en las demás regiones del país, sobre todo en la Sur y Sureste, zonas más ricas. Ello podría llevar a la interpretación de que, aunque la política económica de Lula no haya sido nada contraria a los intereses de la burguesía brasileña e internacional, se prefería en estas regiones la vuelta del partido de Cardoso, mientras que en las zonas más pobres del país se seguía apostando por Lula, quizás porque haya sido el primer presidente cuyas miradas se centraron con cierto peso en estas regiones, por más discutibles y limitadas que puedan llegar a ser las acciones como el Bolsa-Familia o el Programa “Hambre Cero”. De hecho, una de las principales bazas de Lula para su campaña de reelección, en la segunda vuelta, fue la alabanza de sus políticas sociales hacia los más pobres y una promesa rotunda de profundización de las mismas y mayor diálogo social. En lo que atañe a los escándalos de corrupción que conllevaron a la dimisión y alejamiento de los principales pilares del PT dentro del gobierno, Lula argumentó que si salieron a la luz tantos escándalos durante su gestión ha sido porque su lucha en el combate a la corrupción no distingue entre amigos y enemigo, al contrario de los gobiernos anteriores que han archivado sendos procesos de investigación de casos de corrupción. Su lema de campaña durante la segunda vuelta fue: “Mejor lo conocido, que lo dudoso”, en alusión al abstracto programa de su adversario.

Las principales críticas de la oposición de derechas, respecto de la primera gestión Lula, fueron los elevados casos de corrupción y la falta de transparencia en el mandato de Lula. La oposición a la izquierda de Lula (PSTU y PSOL en términos electorales y los movimientos sociales) criticaban, a su vez, el carácter asistencialista de las políticas sociales del gobierno, el marcado tinte neoliberal y la parálisis en temas centrales como la reforma agraria.

En esta segunda legislatura, las prioridades gubernamentales pasan a ser el incremento de las políticas sociales, algunas medidas que mantengan la estabilidad

¹³ Algunas de las reflexiones sobre esta cuestión son fruto de la misión de observación electoral internacional realizada en Brasil con la Fundación CEPS en octubre de 2006.

económica y seguir fomentando una “nueva” política exterior. Además, ahora sí, la coyuntura regional/global era bastante diferente entre los países vecinos que la encontrada por Lula en el momento de su primera victoria electoral. Le dedicaremos, en lo que sigue, una mención especial a la política económica y a la política exterior, piezas claves de los acercamientos y alejamientos de Brasil con América Latina y el mundo.

3.3.) La política económica: continuismo y profundización

Los años 1990 vienen recibiendo en América Latina el título de “década neoliberal” (que sucedería a la “década perdida”), con el Consenso de Washington como marco modelador. Se podría decir que Brasil, aunque no se trate de una excepción a esa regla de gobiernos neoliberales en la región, tuvo ciertas peculiaridades que dificultaron al principio su implementación, no tanto por grandes resistencias populares, sino por sus propias dimensiones continentales, una estructura de poder muy variada en las diferentes regiones del país y debido a la persistencia de ciertas características del antiguo modelo desarrollista, blanco de duras críticas por parte de la ideología neoliberal. Collor de Mello sería el primer presidente que a principios de dicha década diseñaría un programa de gobierno neoliberal, pero sería Cardoso quien haría la defensa más ardua de la incorporación de Brasil al “tren de la globalización” y a las reformas de mercado. Vendrían la apertura comercial y financiera al capital internacional, la oleada de privatizaciones, la política de desreglamentación del mercado laboral y la reducción de los derechos sociales. El “Plano Real” se presentaría, por otro lado, como sinónimo de estabilidad económica y sería la gran apuesta de Cardoso, que le llevaría a la reelección, a pesar de mantener las tasas de interés más elevadas del mundo y duplicar la deuda pública.

Con la implementación de un modelo económico que había llevado Brasil a un sustantivo retroceso en lo social, la campaña de Lula se presentaba como una incógnita respecto a la línea económica seguida. No obstante, como ya se ha mencionado, ya en los primeros pasos de su gobierno, y con crecientes pruebas que lo confirman en la actualidad, la política económica del gobierno Lula ha estado marcada por el continuismo respecto de su antecesor. Ni suspensión de pagos de las deudas, ni expropiación de tierras para la reforma agraria ni muchos menos nacionalización de los medios de producción (demandas históricas del PT), sino sólo continuismo y

profundización. De hecho, para Sallum Jr (2008) la principal especificidad de los dos gobiernos de Lula es haber consolidado la hegemonía liberal, cuya estructuración política ocurrió durante el gobierno Cardoso, así como la democracia como sistema de dominación social. Para este autor, y muchos otros especialistas en materia económica, existe una clara conversión de Lula a las políticas macroeconómicas de su antecesor, a través de la prioridad otorgada a la estabilidad de la moneda, el mantenimiento del sistema de metas de inflación, de las reformas liberalizadoras previas y el régimen de cambio fluctuante, junto con el ajuste fiscal para sostener el superávit primario y el respeto de los contratos (2008: 261).

Con la “estabilidad” como objetivo central de la política económica, el gobierno Lula anuncia en 2007 un Plan de Aceleración del Crecimiento (PAC), un programa basado en el aumento de las inversiones públicas – sobre todo infraestructuras – y que ya viene encontrando algunos problemas debido a licitaciones irregulares en algunas obras y a los primeros efectos de la crisis en Brasil. Pero, a pesar de ello, los empresarios y el mercado financiero siguen encantados con Lula.

Otra variable importante es la profundización de la apuesta por el agronegocio, que ha llevado a una modernización conservadora del campo, donde crece el conflicto entre las territorialidades del agronegocio, respaldada por los intereses gubernamentales y el capital extranjero, y las territorialidades de la resistencia campesina, que han visto como la reforma agraria se ha resignificado, buscando articulaciones y reivindicaciones más amplias, como la soberanía alimentaria. Por otro lado, y aunque hay una apuesta explícita del gobierno brasileño por la extensión y exportación de los agrocombustibles como nueva matriz energética, el petróleo aparece, paradójicamente, como otra posibilidad de convertir a Brasil en una gran potencia energética, debido a la posibilidad de explorar una importante reserva de petróleo encontrada en los estados de São Paulo y Rio de Janeiro.

Finalmente, las políticas sociales focalizadas, plasmadas en el programa “Hambre Cero”, han aliviado la pobreza sin alterar la estructura social. Aquí, una vez más, se podría hablar de un “plan de profundización” respecto al gobierno Cardoso, ya que las políticas de transferencia de renta ya habían sido iniciadas por éste (por ejemplo con el Programa Comunidad Solidaria), a partir de una delimitación (conceptual y práctica) de la “pobreza” y la “exclusión social” afines a los dictados del FMI. El rasgo distintivo de estos programas de “protección social” del gobierno Lula es la magnitud

con la que viene aplicando (el doble de familias han recibido los beneficios) y su ampliación a ejes fundamentales como la educación y la cultura.

3.4.) La política exterior de Lula: algunos matices del cambio

Si bien hemos visto que la política económica ha estado marcada por el continuismo, la política exterior de Lula es uno de los ámbitos donde se ha producido un mayor cambio, algunos de ellos muy importantes para una renovación de la posición de Brasil en América Latina y en el mundo. Una buena manera de observar la política exterior del gobierno Lula respecto sus vecinos también es pensarla en términos comparativos con lo que (no) realizó Cardoso. No obstante, para ello es necesario ir más allá de los meros paralelismos entre la acción externa de ambos gobiernos, pensando el telón de fondo – micro y macro – que soporta sus respectivas políticas exteriores y poniendo sobre la mesa tres circunstancias centrales interrelacionadas: en primer lugar, el cambio significativo en la escena internacional y regional si comparado con tiempos anteriores (escenario post-guerra Fría, globalización, nuevas disputas por hegemonía y neoliberalismo); en segundo lugar, el cambio en el escenario nacional (consolidación formal de la redemocratización y emergencia de gobiernos de izquierda y centro-izquierda); y en tercer lugar, la emergencia, como consecuencia de lo anterior, de nuevos actores en la política exterior brasileña (estarían incluidos aquí el mayor protagonismo a partir de la década de 1990 de varios grupos y corporaciones en la política exterior nacional, desde empresas a organizaciones y movimientos sociales, así como de la llamada “paradiplomacia”).

Los principales rasgos continuistas entre ambos gobiernos son: la "diplomacia presidencial" (ambos presidentes asumen, de forma personalista, gran parte de las negociaciones internacionales, relegando al Itamaraty aspectos más técnicos y burocráticos, aunque la figura de Lula cuenta ciertamente, en el ámbito internacional, con una mayor simpatía y carisma que la de Cardoso); la apuesta por el multilateralismo y el universalismo de la diplomacia nacional (Unión Europea y Japón, por ejemplo, pasan a ser alternativas para el comercio brasileño, apoyado por una política iniciada por Cardoso de apertura irrestricta a productos importados, bajo el discurso de la modernización tecnológica y fundada en los procesos de privatización y desnacionalización de las empresas estatales); el énfasis en las relaciones con los vecinos sudamericanos y en la ampliación de las relaciones con potencias de medio porte del centro y de la semi-periferia del sistema-mundo.

Por otro lado, se puede señalar algunas singularidades de la política exterior de Lula: la aproximación con socios estratégicos (fundamentalmente Argentina, China, India y Sudáfrica); el énfasis en la reforma de la ONU (en particular de su Consejo de Seguridad); la profundización en la apuesta por la integración Sudamericana (refuerzo del MERCOSUR, pero fundamentalmente una participación activa en el proceso de discusión y constitución de la UNASUR y otras iniciativas de integración a través de la infraestructura como la IIRSA); el refuerzo de las negociaciones multilaterales (por ejemplo, en el ámbito de la OMC, como viene siendo notorio en el caso de los intentos de revitalización de la Ronda de Doha). Además, frente a la vinculación subordinada a la globalización de los mandatos de Cardoso, se da con Lula un estrechamiento de las relaciones Sur-Sur (p. ej. cooperación con África); frente a la gran apertura económica y al culto al "americanismo primario" de los dos gobiernos Cardoso, los dos mandatos de Lula están marcados por relaciones contradictorias con Estados Unidos: por un lado, se apuesta por frenar el proyecto estadounidense del ALCA, pero por otro se buscan guños bilaterales en ciertos frentes como la apuesta por el agrocombustible. Quizás otro rasgo destacable sea la potencialización del "rol de comodín" de Brasil en los litigios (tanto económicos como políticos y/o sociales) entre países sudamericanos: la figura de Lula le otorga mayor "cercanía coyuntural" a algunas posturas e iniciativas de los gobiernos más progresistas de la región.

En definitiva, se insertan muchos matices de cambio en la política exterior del gobierno Lula, que le acercan más a un proyecto latinoamericano que el gobierno Cardoso, aunque con fuertes ambigüedades. Se observa la diplomacia como herramienta central en la conformación de un "proyecto nacional" en el que Brasil asuma un rol de líder fáctico en el contexto regional y simbólico en el contexto internacional en el diseño de una nueva orden de prioridades.

3.5.) Las elecciones municipales de octubre de 2008: ¿primer examen para las generales del 2010?

Llegados al ecuador de la segunda legislatura de Lula las últimas elecciones municipales para *prefeitos* (alcaldes) y concejales han sido vistas, por muchos, como un primer examen para las generales del 2010. Los resultados electorales han vuelto a confirmar la tendencia de victoria del Partido de los Trabajadores – en la mayoría de los casos con coaliciones con el Partido Comunista do Brasil (PCdoB), Partido Democrático Trabalhista (PDT) y el Partido Socialista Brasileño (PSB) – en los

municipios más pobres (aquellos más dependientes de las políticas estatales de transferencia de renta) del Norte y Nordeste del país. Por otro lado, sus peores resultados siguen siendo en el Sur y Sudeste, parte más industrializada y rica. Pero más allá de esas coordenadas generales, en los resultados finales de esas elecciones el PT no logró ninguna victoria en los principales polos políticos y económicos, perdiendo en la segunda vuelta tres importantes ciudades como São Paulo, Salvador y Porto Alegre, siendo el tercer partido en número de alcaldías en el país, después del PMDB y el PSDB, partidos de centro-derecha con una amplísima composición y capilaridad social.

Los resultados negativos del PT han encajado muy mal en partido, aunque lo más preocupante no es tanto eso sino la falta de opciones a la izquierda de Lula para ocupar su puesto en 2010, ya que es muy difícil que el PSOL logre lanzar una candidatura que aglutine a la izquierda brasileña. Durante muchos años, el apoyo a Lula en su carrera a la presidencia cohesionó y sirvió como elemento unificador del voto de la izquierda brasileña. La victoria de Lula en 2002 cerró este ciclo, abriendo otro en el cual, tras dos gestiones “petistas” (la segunda todavía inacabada), las posiciones de la izquierda están muy divididas y tienen una orientación disímil: parte de la “vieja izquierda” sigue apostando por Lula y los escasos matices sociales para evitar un retroceso en la política nacional y la vuelta a una política económica aun más neoliberal y retrógrada; por otro lado, otros creen en la posibilidad de la reunificación de la izquierda partidista en la construcción de un nuevo frente socialista, como el PSOL, el tercer partido más votado en las generales de 2006, pero que aun no ha logrado territorializarse y desplegarse en los escenarios locales; y, por último, están aquellos que aunque puedan dar su apoyo crítico coyuntural tanto al PT como al PSOL, abogan por la lucha social como única salida efectiva para un cambio real del estado de las cosas en el país. El MST es aquí un polo aglutinador de movimientos sociales tanto del campo como la ciudad, actuando también como una “fuerza política”, capaz de incidir en las agendas y en los debates nacionales.

No sería de extrañar que el PT apostara por presentarse a las próximas presidenciales en una coalición con los conservadores del PMDB. De hecho, viene gobernando fundamentalmente debido a sus apoyos. El personalismo de Lula contará también como una importante variable ya que, a pesar de las múltiples críticas que se pueda realizar a su gobierno, éste sigue gozando de un gran respaldo popular. En el actual momento, se barajan tres nombres con posibilidades reales de llegar al Planalto: José Serra (gobernador del Estado de São Paulo y del PSDB, partido de Cardoso),

Aécio Matos (carismático gobernador de Minas Gerais, también del PSDB) y Dilma Roussef (ministra de la casa civil y apuesta personal de Lula). Todavía es pronto para abrir las apuestas. Tampoco sería coherente afirmar que los resultados de las municipales son un importante avance de lo que puede suceder en 2010, ya que las alianzas electorales se reconfiguran intensamente en los contextos preelectorales en Brasil y, además, los episodios políticos por venir también pueden incidir de forma significativa. Pero seguramente los próximos movimientos gubernamentales estén ya cada vez más condicionados a su apuesta electoral del 2010 y, en este sentido, habrá que analizar los próximos pasos del gobierno y de esos posibles presidenciables.

4. ¿A la tercera va la vencida? Crisis y escenarios futuros

Cierro el ensayo con una reflexión que podría ser tildada de especulativa, pero a final, ¿no es eso lo que hacen casi todos en tiempos de crisis y transición? Empecemos pues recordando que el siglo XX ha estado marcada por dos crisis internacionales que afectaron de diferentes maneras a América Latina: la crisis capitalista de 1929 marcó el inicio del desarrollismo, hito – hemos visto – del inicio de un latinoamericanismo, mientras la crisis de 1973 marcó precisamente la caída de este proyecto desarrollista y un periodo de transición a la democracia representativa. Ambos momentos históricos estuvieron marcados por grandes convulsiones sociales e importantes proyectos político-sociales: en el primero de los casos, la emergencia de gobiernos populistas, como el de Vargas y Perón, que impulsaron avances significativos para la época, en términos de derechos sociales y reconocimiento para los pueblos; en el segundo de los casos, los periodos de transición política estuvieron marcados por una alta agitación política y social, donde los actores sociales jugaron un rol protagónico en la restauración de las democracias.

Pasemos página al siglo XXI. Nos encontramos ya con la primera gran crisis del siglo XXI, también de gran alcance global, y una vez más América Latina se enfrenta a una crisis internacional con un escenario de luchas sociales y políticas pujantes, con gran protagonismo popular en muchos países de la región y con una renovación del mapa regional. Asimismo, en esta “tercera crisis”, además de la alta agitación política y social, también hay una ruptura intrínseca (así como en la primera el desarrollismo y en la segunda las transiciones políticas) que reubica a América Latina en la nueva geopolítica del poder, a partir de una convergencia inédita de fuerzas políticas y sociales

que impulsan una integración regional, aunque todavía es pronto para predecir hasta dónde podrán llegar esas sinergias en el actual escenario de crisis y transición histórica.

El rol de Brasil aquí es crucial y el reciente acercamiento de Lula a Obama es sintomático de la apuesta ambigua de Lula, que a la vez que intenta presentar Brasil como el mejor impulsor de una integración sudamericana (como se pudo ver en la última Cumbre simultánea de presidentes de MERCOSUR, UNASUR, ALADI, Grupo de Río y de América Latina y Caribe, en diciembre de 2008 en Salvador de Bahía), lo torna cada vez más atractivo para el resto de las potencias globales debido a su relativa estabilidad político-institucional y el carácter liberal de sus políticas económicas. En reunión con Obama en EEUU, Lula, el primer presidente latinoamericano recibido por el homólogo estadounidense, ha afirmado que la elección del presidente estadounidense se trata de “una oportunidad histórica para que los Estados Unidos mejoren sus relaciones con América Latina”¹⁴. Pero la oportunidad histórica a la que se refiere Lula, durante su encuentro con Obama, no parece ser otra que la de una alianza energética entre ambos países en torno al etanol. Por parte de EEUU, ello es fruto del “reconocimiento de la ascendencia de Brasil en el mundo”¹⁵. Ello deja patente que Brasil ya no es solamente una potencia regional, sino un actor global de creciente relevancia, considerado socio estratégico para la Unión Europea y principal interlocutor de China en la lucha contra el proteccionismo. El acuerdo entre Obama y Lula para montar un grupo de trabajo Brasil-EEUU que prepare un trabajo conjunto para la reunión del G-20 en abril en Londres es una prueba más de ello.

El lugar de Brasil en América Latina en el mundo responde a movimientos contradictorios y ambiguos. Se trata de un posicionamiento político, cuyo locus de enunciación está sostenido, en la base gubernamental, por su nueva proyección de la política exterior y por la mayor competitividad económica actual respecto a los países centrales, lo que supone una condición privilegiada para afrontar los impactos de la actual crisis capitalista. Entre guiños para un lado (por ejemplo, la ya citada estratégica alianza energética con EEUU) y para otro (se podría destacar la defensa de que la lucha contra el narcotráfico en Sudamérica es algo que debe ser realizado exclusivamente por los gobiernos sudamericanos), Lula no quiere quedar mal con nadie. Ni con los vecinos

¹⁴ Citado en el periódico brasileño *Folha de São Paulo*, 14 de marzo de 2009.

¹⁵ Declaraciones del secretario para América Latina del departamento de Estado de EEUU, Tom Shannon, también recogidas en el diario *Folha de São Paulo*, 14 de marzo de 2009.

sudamericanos ni con las potencias centrales. Pero más que una oportunidad para crear nuevas posibilidades de relación entre los países del Sur y rupturas sustantivas en la matriz social, política y económica latinoamericana, el gobierno brasileño parece ver en la actual crisis, y en el escenario emergente, una oportunidad histórica para que Brasil sea una gran potencia del Sur global, reconocida por países del Norte como socio estratégico. En palabras de Daudelin (2007), se trata de “unirse al club” de los grandes, dejando para tras la situación periférica.

Igualmente relevante es el olvido o regreso renovado de algunas de aquellas palabras-clave, tratadas en este ensayo, que históricamente conectaron a Brasil con América Latina. Se corresponde a lo que al inicio de este ensayo planteábamos como una ontología crítica de la “historia del presente” de esas conexiones. Habría que destacar el relativo olvido de la revolución y la emergencia resignificada del desarrollo a partir de intensas pugnas por un nuevo modelo societario y de (¿post?)desarrollo (Escobar, 2005; Svampa, 2008). A su vez, la dependencia se ve resignificada frente a una realidad compleja, en la cual, como recuerda Coutinho (2008), más de la mitad del PIB mundial se encuentra fuera de los centros tradicionales, por lo que, cada vez más, parte creciente de la “antigua periferia” pasa a componer el “centro dinámico” del capitalismo. En esta recomposición de fuerzas, es donde se enmarca el creciente peso brasileño, que a su vez resucita otra de las palabras-clave, el sub-imperialismo, que viene siendo utilizada, por gobiernos y organizaciones sociales de América Latina, para denunciar la intervención brasileña y sus ventajas desproporcionadas en la región. El despliegue militar reciente en la frontera paraguaya es uno de los motivos, así como los beneficios extraídos de Represa binacional de Itaipú, fruto de un tratado firmado en 1973 entre los dictadores brasileño y paraguayo. Pero también encajaría aquí los litigios recientes con Bolivia y Ecuador, que buscaban defender los intereses de empresas como Petrobrás y Odebrecht, respectivamente. En lo que se refiere a la otra de las palabras-clave, la democracia, es probable que se profundice con contornos tanto de la “década neoliberal”, como de lo que algunos, como Zibechi (2009), ya tildan de “década progresista”, en referencia a la primera del siglo XXI. Lo que esperemos no se olvide en esta “tercera transición” que vive ahora América Latina, tras el desarrollismo y las transiciones políticas, es la oportunidad histórica de tensionar a través de las varias fuerzas sociales y políticas de izquierda en la región, y a partir de las conexiones transnacionales tejidas, hacia un avance en términos de democratización substantiva, algo que el gobierno brasileño no parecer tener nada claro.

BIBLIOGRAFIA

ALBUQUERQUE, José Lindomar. “Os brasiguaios e os conflitos sociais e nacionais na fronteira Paraguai-Brasil”. *Análise de Conjuntura*, n.2, Observatório Político Sul-Americano, Rio de Janeiro, IUPERJ, febrero 2009.

AYERBE, Luis Fernando. *Estados Unidos e América Latina. A construção da hegemonia*. São Paulo: Editora UNESP, 2002.

BETHELL, Leslie. "Política no Brasil: de eleições sem democracia a democracia sem cidadania". En: BETHELL, Leslie (Org.) *Brasil: fardo do passado, promessa do futuro*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2002, pp. 9-43.

BRINGEL, Breno. “El lugar también importa. Las diferentes relaciones entre Lula y el MST”. *Revista NERA*. Año 9, Vol. 9. Presidente Prudente / São Paulo: UNESP, 2006, pp.27-48.

_____. “La democracia en Brasil: entre los mecanismos de garantía de transparencia y la democratización inconclusa”. In: VVAA. *Observación electoral internacional: sentidos, actores y retos*. Valencia: Ediciones del CEPS, 2008, pp.115-132.

_____; FALERO, Alfredo. “Redes transnacionais de movimentos sociais na América Latina e o desafio de uma nova construção sócio-territorial”. *Revista Caderno CRH*, Salvador, v.21, n.53, mayo/agosto 2008, pp. 269-288.

_____; ECHART, Enara; LÓPEZ, Sara. “Del actor en movimiento a los movimientos en acción. La rearticulación de la lucha antiglobalización”. In: IBARRA, Pedro; GRAU, Elena (Orgs.) *Anuario de Movimientos Sociales 2008. La red en la ciudad*. Barcelona: Icaria/Betiko Fundazioa, 2008, pp.178-188.

CAIRO, Heriberto. “A América Latina nos modelos geopolíticos modernos: da marginação à preocupação com sua autonomia”. *Revista Caderno CRH*, Salvador, v.21, n.53, mayo/agosto 2008, pp. 221-237.

CARDOSO, Fernando Henrique; FALETTO, Enzo. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1969.

CERVO, Amado Luis. *Relações internacionais da América Latina: velhos e novos paradigmas*. 2ª edición. São Paulo: Saraiva, 2007.

COUTINHO, Marcelo. “O papel do Brasil”. *Jornal O Globo*, Rio de Janeiro, 22 de diciembre de 2008.

DAUDELIN, Jean. “Joining the club: Lula and the end of periphery for Brazil”. In: BIRLE, Peter; COSTA, Sérgio; NITSCHACK, Horst (Eds.). *Brazil and the Americas. Convergences and perspectives*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 2008, pp. 51-78.

ECHART, Enara. *Movimientos sociales y relaciones internacionales*. Madrid: IUDC - Catarata, 2008.

ESCOBAR, Arturo. "El 'postdesarrollo' como concepto y práctica social". In: MATO, Daniel (Coord.) *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2005, pp.17-31.

FOUCAULT, Michel. *Saber y Verdad*. [Versión original de 1983] Madrid: Ed. La Piqueta, 1991.

GARRETÓN, Manuel Antonio. “América Latina como unidad analítica: del desarrollo a la globalización”. Columna en *Latin American Studies Association (LASA) Forum*, vol.XXXVII, issue 1, winter 2006.

IBARRA, Pedro; MARTÍ, Salvador y GOMÀ, Ricard (Orgs). *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icaria, 2002.

LINZ, Juan; STEPAN, Alfred. *A transição e consolidação da democracia. A experiência do Sul da Europa e da América do Sul*. São Paulo: Paz e Terra, 1999.

MARINI, Rui Mauro. *Subdesarrollo y revolución*. México D.F.: Siglo XXI, 1969.

MARTINS, Carlos Eduardo. “O pensamento latino-americano e o sistema mundial”. In: VVAA (Orgs.) *Crítica y teoría en el pensamiento latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, 2006, pp.153-216.

MIGNOLO, Walter. *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa, 2007.

_____. “Novas reflexões sobre a ‘idéia da América Latina’: a direita, a esquerda e a opção descolonial”. *Revista Caderno CRH*, Salvador, v.21, n.53, mayo/agosto 2008, pp. 239-252.

NOVAES, Adauto (Org.) *Oito visões da América Latina*. São Paulo: SENAC, 2006.

O'DONNELL, Guillermo; SCHMITTER, Philippe; WHITEHEAD, Laurence (Comps). *Transitions from Authoritarian Rule. Comparative perspectives*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1986.

OLIVEIRA, Francisco de. 2006. “Fronteiras invisíveis”. In: NOVAES, Adauto (Org.) *Oito visões da América Latina*. São Paulo: SENAC, 2006, pp. 24-47.

PRECIADO, Jaime. “América Latina no sistema-mundo: questionamentos e alianças centro-periferia”. *Revista Caderno CRH*, Salvador, v.21, n.53, mayo/agosto 2008, pp. 253-268.

RIBEIRO, Darcy. *O povo brasileiro. A formação e o sentido do Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1995.

ROJO, Raúl Enrique. “O Mercosul como canalizador da aproximação cultural brasileiro/latino-americana”. In: BERND, Zilá (Org.) *Olhares cruzados*. Porto Alegre: Ed. UFRGS, 2000, pp.96-107.

SIERRA, Gerónimo de. “América Latina, una y diversa”. In: CAIRO, Heriberto; _____. (Comps.) *América Latina, una y diversa: teorías y métodos para su análisis*. San José: Editorial Alma Mater, 2008, pp.15-25.

_____; GARRETÓN, Manuel Antonio; MURMIS, Miguel y TRINDADE, Hélgio. “Las ciencias sociales en América Latina en una mirada comparativa”. En: VVAA (Orgs.) *As ciências sociais na América Latina en perspectiva comparada*. Porto Alegre: Editora UFRGS / ANPOCS, 2006, pp. 17-52.

SALLUM Jr, Brasílio. “La especificidad del gobierno Lula: hegemonía liberal, desarrollismo y populismo”. *Nueva Sociedad*, n.217, Caracas, septiembre/octubre 2008, pp. 155-171.

SVAMPA, Maristella. *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI/CLACSO, 2008.

WALLERSTEIN, I. “Brasil y el sistema-mundo: la era de Lula”, Comentario n.120, Fernand Braudel Center, Binghamton University, 1 de septiembre de 2003.

ZIBECCHI, Raúl. “¿Está construyendo Brasil su propio ‘patio trasero’?” *The Americas Policy Program*, IRCA, Washington D.C: Center for International Policy, 5 de diciembre de 2008.

_____. “Gobiernos y movimientos: entre la autonomía y las nuevas formas de dominación”. *Viento Sur*, n.100, Especial “Argumentos Anti-Capitalistas”, enero 2009, pp.247-254.